
Prof. Dr. ALEJANDRO LIPSCHUTZ

La función de la
Universidad

EDITORIAL NASCIMENTO

Prof. Dr. ALEJANDRO LIPSCHUTZ

*Miembro Académico de la Facultad de Medicina
de la Universidad de Chile.
Director del Instituto de Medicina Experimental
del Servicio Nacional de Salud.*

La función de la Universidad

N A S C I M E N T O
S A N T I A G O 1955 C H I L E

ferencia del ámbito de Centroamérica, lugar donde fué dictada la conferencia. No he cambiado nada en cuanto a estos ejemplos porque sirven para destacar los conceptos que se propugnan.

Los problemas que se discuten en esta conferencia me han preocupado desde el mismo momento de haber llegado, hace 29 años, a Chile, dejando detrás de mí los 25 años de labor en universidades europeas de alta calidad científica. Mis ideas sobre la Universidad y el papel de la investigación científica en ella, se encuentran resumidas en varias conferencias dictadas a través de los años y reunidas, en 1943, en mi libro sobre "La Organización de la Universidad y la Investigación científica" (Ed. Nascimento).

Me da gran satisfacción poder dejar constancia de que en Chile los conceptos universitarios que propugnaba—como primer Decano de la Facultad de Medicina de la recién creada Universidad de Concepción, como profesor de Fisiología y como conferencista— han encontrado muy buena acogida porque estaban en pleno acuerdo con los íntimos anhelos de los representantes de la medicina científica en la Universidad de Chile. Lo atestigua el magnífico desarrollo de las diversas ciencias médicas en el seno de las Escuelas de Medicina tanto de la Universidad de Chile como de la Universidad Católica.

Esta conferencia fué escrita en Guatemala, y me sirvo de la oportunidad para expresar mis profundas gracias al entonces Presidente de Guatemala Dr. Juan José Arévalo y al Ministro de Educación Dr. Raúl Osegueda, como también al Presidente Electo coronel Jacobo Arbenz, por su generosa hospitalidad durante mis dos últimas estadas en Guatemala. Sin el interés que ellos tomaron en mis actividades no me habría sido posible visitar detenida y repetidamente los diversos sitios arqueológicos del país.

Agradezco al señor Alvaro Jara de haber tenido la gran gentileza de supervigilar esta edición, y al señor don Carlos Nascimento de haber acogido este texto para su publicación.

A. LIPSCHUTZ

Santiago, 18 de septiembre de 1955.
Instituto de Medicina Experimental,
Av. Irarrázaval 849

I. LA UNIVERSIDAD COMO PROBLEMA

¿Qué es la función de la Universidad?

Hay, y hubo a través del mundo, universidades muy diversas. La Universidad de París de hoy es muy distinta de la Universidad de París del siglo XIII. Una universidad norteamericana es distinta de una universidad latinoamericana. Se distinguen las universidades, como las hubo en distintos tiempos y distintos lugares, por las materias que se enseñan; por los métodos de enseñanza que se aplican, por el rostro social y cultural de los profesores que enseñan, y el de los alumnos que la frecuentan; y de modo más general, por el papel que ellas asumen en el marco de la vida nacional.

Pues bien: ¿A qué tipo de universidad nos referiremos al hablar de su función?

¿Será una universidad fuera del lugar y fuera del tiempo, una universidad abstracta, irreal?

Sí y no. Todo estudio y entendimiento sobre las cosas

en el mundo, se realiza a través de la abstracción. Es decir, se observan las cosas en su *presente* y en su *pasado*, y en seguida se destilan los conceptos o esquemas, fórmulas, leyes, las que nos permiten trazar las líneas generales de su *futuro*. Sin embargo, el tiempo no nos permitiría pasar revista de todas las universidades que han existido y existen en el mundo, o de escudriñar las profundas razones de la evolución de todos los diversos tipos de universidad. Tendremos que limitarnos a darles, en esta conferencia, un cuadro forzosamente simplificado de la universidad como era, es y —a nuestro parecer— será; un cuadro basado, por cierto, en los muchos estudios históricos que en este campo se hicieron.

Quiso mi suerte que tuviera yo la oportunidad de conocer las universidades en buena parte del mundo; que participara y colaborara muy íntima y activamente, tanto en la reorganización de universidades clásicas como en la organización de universidades nuevas en dos continentes; y me procuró la buena suerte la oportunidad de andar airosamente por estos tortuosos caminos universitarios, durante más de medio siglo. A todos los que aquí están conmigo, les invito a celebrar en esta hora mis bodas de oro universitarias. Ha sido convivencia feliz. Por cierto, con las rencillas y pelcas del caso, que tanto adornan y condimentan toda convivencia provechosa entre los hombres.

Pues bien, ¿qué era, es y será la función de la universidad?

Para mejor entender los diversos aspectos funcionales de la universidad, es útil partir de un hecho fundamental que de por sí no necesita explicación, por ser muy evidente: que la universidad era, es y será —y no puede ser otra— una institución *cultural*, o mejor dicho, uno de los instrumentos de los cuales la sociedad humana se sirve para la realización cultural.

Noción, o palabra, ninguna ha sido más tergiversada, más abusada y maltratada, que la de cultura. Por eso, si queremos hablar sobre la función de la universidad, es necesario que se sepa, en primer lugar, lo que nosotros entendemos por cultura, o realización cultural.

II. LA REALIZACION CULTURAL

Creo que el mejor esquema al respecto, y de utilidad inmediata para nuestra orientación en el problema de la función de la universidad, será el siguiente:

Cultura se nos presenta en tres aspectos: intelectual, material y moral. Hay otros aspectos espirituales más, como las creencias religiosas y el arte; en lo que sigue, los omitiré para no complicar el problema.

Cultura *intelectual* se exterioriza en la orientación en el *tiempo*, en la orientación en el *espacio*, y en la orientación sobre la *constitución* de las cosas. Cultura *material* es adaptación de las cosas ambientales, para que sirvan al hombre que quiere sobrevivir y reproducir su especie, y que quiere gozar. Cultura *moral*, es respeto para los demás miembros del clan, de la tribu, de la nación, de la humanidad; cultura moral se exterioriza

por la equidad en el goce de los bienes culturales, espirituales y materiales. Les ofrezco un esquema, y éste, como todo esquema, es artificial, incompleto y parcial.

En la realización cultural primitiva los bienes intelectuales se originan, o nacen, en el proceso de la adaptación de las cosas ambientales a las necesidades inmediatas del hombre, es decir, en el proceso de la realización cultural material; o, lo que más corresponde a la verdad, los bienes culturales intelectuales, son, en su esencia primitiva, un instrumento, o utensilio, específicamente humano de la realización cultural material. En seguida, la realización cultural intelectual se independiza; es decir, se transforma en profesión y hasta en razón de ser, para cierto grupo de hombres, en el marco de la tribu.

Tal vez uno de los mejores ejemplos de la interrelación, o del íntimo entrelazamiento, que existe entre la realización cultural material, por una parte, y la realización intelectual por otra parte, nos ofrece el calendario maya, una de las más grandes y bellas conquistas intelectuales del hombre en general, conquista que alcanza su punto casi culminante en Uaxactún, Tikal, Copán y Quiriguá, nombres ya familiares a los hombres cultos en Guatemala y en América Central en general. El calendario maya que exterioriza el afán del hombre de orientación en el tiempo, es un instrumento destina-

do a servir en el proceso económico básico del mundo maya, el cultivo del maíz: recordar al hombre del campo el tiempo de limpiar el terreno y prepararlo para la época de sembrar y cosechar. El calendario es obra de los sacerdotes mayas, al mismo tiempo directores de la producción y de toda la vida económica. Cierta conjunto de templos en Uaxactún es, según Morley (1), un primitivo observatorio para fines cronológicos relacionados con el cultivo del maíz. En su ulterior desarrollo esta obra cronológica se independiza; el tiempo casi se diviniza. Estelas cubiertas de jeroglíficos marcan el Katún, o cada ciclo de 20 años, y en seguida como en Quiriguá, ya cada ciclo de 5 años (2). No nos cuentan estas estelas, como dice Morley, las conquistas de los reyes, sino cosas astronómicas y divinas, que marcan el andar del tiempo.

El proceso de la independización de aspectos culturales intelectuales es una de las más destacadas características de toda evolución cultural; en la ciencia moderna

(1) Un resumen muy importante, y de primera mano, sobre la civilización maya procura el investigador norteamericano, ahora ya difunto, S. G. Morley, en su clásico libro "The Ancient Maya", Stanford University Press, 1946. Hay también una edición en castellano: Fondo de Cultura Económica. México.

(2) Véase S. G. Morley, "Guide Book to the Ruins of Quiriguá", Carnegie Institution, Washington, 1935. Hay también una edición en castellano, del mismo editor. Sobre la "divinización" del tiempo en la cultura maya, véase en especial la introducción en el libro de J. E. S. Thompson, "Maya Hieroglyphic Writing". Carn. Institut., Washington, 1950.

este proceso de independización ha llegado a un nuevo punto culminante. La orientación en el espacio, o la moderna astronomía, y la orientación sobre la constitución de las cosas, o la moderna química y física atómica, son sus exponentes espectaculares. Pero la adaptación de las nuevas conquistas intelectuales, a los fines culturales materiales queda siempre como el más íntimo anhelo de la humanidad de nuestros tiempos. Hace poco un amigo, eminente ingeniero especializado en vías de transporte, puso en mis manos un tratado sobre aviación interplanetaria, o cosmonáutica. En estos días hemos leído, en uno de los diarios de esta capital, noticias sobre aviones hipotéticos a base de energía atómica; podrán volar alrededor de la tierra, sin renovar combustible, casi indefinidamente. Espero que no tendrán dificultad para aterrizar, de vez en cuando...

La escasez de mis conocimientos en estas materias científicas, me permitió leer el libro sobre cosmonáutica sólo en parte; tampoco me es dado tomar actitud crítica ante los aviones a base de energía atómica. He mencionado estos dos ejemplos sólo para dar relieve a los rasgos esenciales de la evolución cultural en sus dos aspectos, el aspecto que llamamos intelectual, y el que llamamos material: la íntima interdependencia entre ellos; la evolución de los bienes intelectuales como consecuencia de la realización cultural material, y al mismo tiempo

como instrumento o utensilio de esta misma realización; la independización de los aspectos culturales intelectuales en el taller, primero, de los sacerdotes, y en seguida de los científicos, que alcanzan a poner en las manos de la humanidad utensilios técnicos tales que sobrepasan toda imaginación anterior; y el anhelo siempre vivo entre los hombres, de servirse de estos alcances intelectuales, o científicos, para nuevas realizaciones culturales.

A nadie entre los que se preocupan de los problemas de la evolución cultural, escapa el hecho de que en su aspecto tanto intelectual y material ella sigue una línea *ascendente*. Puede haber calma, o aun retroceso, transitorios. Pero la humanidad como un todo, hasta ahora ha seguido siempre adelante, en sus conquistas intelectuales y materiales. Es este otro rasgo fundamental de la evolución cultural.

Pero volvamos al problema de la universidad, al problema de la función de la universidad como institución cultural aplicando los conceptos que hemos desarrollado.

III. LA UNIVERSIDAD COMO CONJUNTO DE ESCUELAS PROFESIONALES

Es el propósito de la universidad preparar médicos, dentistas, veterinarios, físicos, químicos, ingenieros, arquitectos, abogados, empleados públicos de alta categoría, maestros de escuela. ¿Por qué la universidad no se propone preparar en sus aulas también a zapateros, carpinteros, herreros, sastres, capataces para fábricas, obreros ferroviarios?

La actividad profesional humana siempre está basada en la experiencia. El saber, el *scire* del latín —palabra de la cual deriva la voz castellana “ciencia”— es el punto de partida de la actividad profesional tanto del ingeniero y médico, como del herrero y sastre. ¿Por qué entonces la actividad discriminadora de la universidad? ¿Por qué remitimos a los futuros artesanos a las llamadas escuelas vocacionales? Es una cuestión delicada, y al

mismo tiempo fundamental, para el entendimiento de la función de la universidad, en el momento actual.

La enseñanza del ingeniero exige mayor cúmulo de conocimientos científicos, o conocimientos *abstractos*, que la del artesano. Punto culminante en la evolución de la ciencia física es la fórmula matemática. Es así que un manual de fórmulas y una regla logarítmica móvil, se encuentran en el bolsillo de cada ingeniero y arquitecto. En la enseñanza de la medicina sirve de base científica, la fisiopatología que forma parte de las ciencias biológicas. Es cierto que en éstas no se ha llegado al dominio perfecto de la fórmula matemática como en física. Pero las ciencias biológicas se sirven ampliamente de la química y física; sin el conocimiento tanto de las leyes biológicas, como de las leyes químicas y físicas, es hoy día imposible ejercer la profesión médica. El médico de los tiempos pasados se formaba, en varios lugares, igual que el carpintero o herrero de nuestros días, como aprendiz y tenía que conocer las plantas que servían de drogas; en la universidad medieval el profesor de medicina y cirugía servía, en muchos casos, simultáneamente la cátedra de botánica. La medicina de nuestros días es mucho más exigente. El médico moderno debe ser biólogo, químico y físico. Los medios curativos son, en nuestros días, sustancias químicas de fórmulas estructurales bien definidas, y agentes físicos como ra-

yos X, los del radium, luz ultravioleta. Hoy en día, está fuera de toda posibilidad de ejercer la profesión médica sin base química y física, sin base científica amplia y firme en estos campos. Por todo eso la enseñanza profesional médica, y así la enseñanza de la ingeniería, para referirnos sólo a estos dos ejemplos, debe hacerse, forzosamente, a base de la adquisición previa del conocimiento de las ciencias exactas, incluso en sus aspectos matemáticos.

Es justo reconocer que el conocimiento de las ciencias exactas se necesita también para el carpintero, zapatero, sastre y herrero. Hasta los mediados del siglo pasado, el artesano era, en Europa, un miembro de la clase media, no muy distante social y culturalmente del médico, y como ya lo dijimos, en muchos lugares éste se formaba igual que el artesano, trabajando durante varios años como aprendiz. En realidad, el perfecto zapatero, el perfecto carpintero, el perfecto sastre y el perfecto herrero, también necesitan conocimientos científicos tales que se enseñan en escuelas profesionales universitarias, sobre cuero, madera, fibras y metales. En conformidad con esta realidad, ya hay, en diversas partes del mundo, escuelas profesionales universitarias, o de carácter universitario, para la enseñanza científica de estas disciplinas. La escuela vocacional tiende a adquirir, paulatinamente, mayor carácter científico, es decir carácter

universitario. Dejo aquí constancia de *realidades*, y no sólo de mis *anhelos*.

Pero, por el momento, es innegable que entre profesiones como las del médico, ingeniero, arquitecto, por una parte, y las del artesano, obrero o campesino, por otra parte, hay una diferencia de gran alcance desde el punto de vista universitario: el *volumen* y *grado* de los conocimientos abstractos, o científicos, que se necesitan para el ejercicio de las primeras es infinitamente mayor que en las últimas. Esta frase cuya veracidad es evidente, es decisiva y contiene la respuesta a la cuestión de por qué en el momento actual, sólo medicina, ingeniería, etc., se enseñan en la universidad y no carpintería, sostería y otras. Sin embargo, como ya lo anotamos, esta diferencia muestra una muy evidente tendencia a disminuir, y sería posible que en un futuro no muy lejano desapareciera por completo. El desarrollo de las cosas hace suponer que el artesano, obrero y campesino de un muy próximo futuro será otro que el de nuestros días, y con eso el marco de la universidad se ensanchará grandemente. Podríamos referirnos aquí al ejemplo de las Escuelas de Medicina que en muchas universidades ya se han encargado de los cursos para enfermeras y matronas.

Volveremos todavía a estas cuestiones universitarias fundamentales.

IV. LA UNIVERSIDAD COMO PLANTEL DE INVESTIGACION CIENTIFICA Y LA LLAMADA "ESCUELA DE TRABAJO"

¿Cómo impartir la enseñanza universitaria científica que tan esencial e indispensable es para ciertas profesiones?

Podemos contestar esta pregunta con una sencilla sentencia y de sentido muy evidente: tenemos que impartir los conocimientos científicos *imitando el proceso histórico de su adquisición*.

Los bienes culturales intelectuales son el producto de una larga evolución. En su estado primitivo *se originan*, como hemos dicho, *en la realización cultural material*; en seguida en una fase cultural más avanzada, los bienes culturales intelectuales evolucionan en el taller del investigador *independizado* hasta cierto grado, de la reali-

zación cultural material. Al imitar, en la enseñanza, el proceso histórico de la evolución de las ciencias, tenemos que pagar tributo a estos dos aspectos tan fundamentales del desarrollo de las ciencias.

Es a primera vista sorprendente que este principio básico de la enseñanza, ya fué implantado, en América Latina, en la escuela primaria, bajo forma de la llamada "Escuela de Trabajo", cuando la universidad oponía todavía resistencia contra semejante innovación en sus escuelas profesionales, o facultades. Menos sorprendente parecerá este hecho, al tomar en cuenta que el saber libresco, base de la universidad latinoamericana en el siglo pasado, dispone al esnobismo pseudocientífico, al falso concepto de que las cosas del mundo se dominan por la palabra, por la oratoria, por la repetición de la frase leída y memorizada, y no por la acción.

Es del todo evidente que una enseñanza universitaria que imitara el proceso del devenir de las ciencias tanto en la amplitud objetiva de la vida humana, como en el taller del investigador, puede ser impartida sólo por investigadores científicos, es decir, por personas que han participado ellas mismas en la creación científica, en la adquisición planificada de nuevos conocimientos, antes inexistentes. Pero también los profesores auxiliares y los ayudantes deben ser entrenados en la investigación científica. Este es, al mismo tiempo, el único modo de ase-

gurar la continuidad de la enseñanza profesional científica en una universidad. Al ser él mismo un investigador científico activo, el profesor que dirige una cátedra, prepara al personal, e incluso a su propio sucesor en ella.

En la Universidad moderna ya no se enseña en salas de clase en donde el profesor "expone" los resultados a los cuales se ha llegado en las ciencias. Se enseña hoy más bien en laboratorios donde los estudiantes *aprenden trabajando*. La clase, al ceder en la enseñanza el primer lugar al laboratorio, deja de ser pieza oratoria y asume el carácter de una charla, amenizada por proyecciones o algunos experimentos de fácil ejecución e interpretación. La clase de antaño en la cual el estudiante anotaba las sabias palabras del profesor cede su lugar, *entera y definitivamente*, al libro impreso.

Me es grato decirles que en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y así también de la Universidad Católica de nuestro país, ya hemos llegado a esta forma de enseñanza. Pero me acuerdo de un médico europeo que hace veinticinco años estuvo con nosotros; al ver en los paseos públicos, a los estudiantes con sus "apuntes", copiados al por mayor en la máquina de escribir, y aprendiendo en voz alta, palabra por palabra, el médico exclamó: "¡Se comportan como si vivieran antes de Gutenberg!" ¡Y cuántas son las cátedras en las

diversas facultades en América Latina, que todavía continúan enseñando de modo semejante!

¿Por qué servirse de estos llamados "apuntes" cuando hay magníficos textos de enseñanza en castellano, francés e inglés? Está bien que cada estudiante se haga él mismo sus apuntes, anotando cosas de interés especial de lo que ha observado en sus propios trabajos de laboratorio, de lo que ha oído en las pocas charlas que dieron el profesor y los ayudantes, y de lo que ha leído en buenos textos y monografías. Tales apuntes muy personales le servirán para dar organización y forma a sus conocimientos en la materia respectiva, y le facilitarán la rendición del examen. Este último es útil para el alumno porque lo estimula hacia una mayor disciplina en el aprendizaje y en la exposición.

Sin embargo, hay que tener muy presente el hecho de que la buena rendición del examen nunca debe ser el fin del aprendizaje. Frecuentemente estudiantes poco inteligentes rinden buenos exámenes; esto no es promesa alguna de que serán buenos médicos, ingenieros o profesores. Se puede aun preparar especialmente para el rendimiento de buen examen, en evidente perjuicio para la buena preparación profesional. Me recuerdo de mis propios años de estudiante en Europa. Mis profesores eran célebres investigadores; he aprovechado grandemente de sus laboratorios y clases. Pero —¡qué cosa

espectacular!— en el mismo centro mundial de la ciencia médica, donde enseñaban estos grandes maestros, había los llamados “repetidores”, o particulares quienes, cobrando honorarios subidos, preparaban a malos estudiantes, para los exámenes en los ramos básicos de la medicina.

¡He aquí los dos polos opuestos de profesor: *repetidores* por una parte, *investigadores* por la otra!

En todas las cosas humanas se corren riesgos. Es cierto que los corre también el investigador que enseña en la universidad. Hemos insistido en el hecho de que la realización cultural intelectual, aunque dependiente, en su estado primitivo, de la realización cultural material, se independiza en seguida de ella; esto vale especialmente para la investigación científica que es el punto culminante de la realización cultural intelectual. Así se explica que un investigador pueda ser inclinado a enseñar cosas que no son de utilidad práctica inmediata para el futuro profesional. Yo no veo riesgo alguno en eso. Un profesor de una universidad inglesa, Premio Nobel por sus importantes investigaciones en física, cuenta en la famosa revista “Nature”, que hubo quejas por parte de la industria, en el sentido de que los graduados en física después de un estudio de cuatro años en universidades inglesas, no servían para nada en los dos primeros años de su labor en tal o cual empresa

industrial. Es significativo, continúa este mismo profesor de física, que estas quejas provienen sólo de la industria relativamente pequeña, no de la gran industria centralizada y económicamente poderosa. Esta considera los gastos que se corren con los graduados de física, en los dos primeros años de su adaptación a las exigencias de la industria, como parte de los gastos de producción, y como gastos bien invertidos. Y concluye el autor del informe, que no puede ser la tarea de las facultades de ciencias exactas la de enseñar en la universidad todas las cosas que puedan presentarse en la aplicación práctica de las ciencias; sino que es la tarea de la universidad dar a los estudiantes aquella base científica que les permitiera, cuando graduados, dominar en el curso de otro número de años, los diversos problemas prácticos que se presentan en la industria.

Es de interés sumo que el mismo principio de enseñanza ya se sigue también en la moderna facultad de medicina, ingeniería y otras. En realidad, en una buena facultad de medicina, se estudia durante los tres primeros años no medicina práctica o clínica, sino se estudia ciencias biológicas y fisiopatología; sólo en seguida el estudiante comienza a estudiar en las clínicas. Creo que este mismo sistema realista debe aplicarse en toda especie de estudios universitarios.

Quiero, sin embargo, hacer aquí dos observaciones

que me parecen importantes, y aún fundamentales desde un punto de vista educacional.

No es contrario a nuestro concepto de enseñanza científica, que el estudiante universitario sirva primero, durante un año o dos, como enfermero en una clínica, o que labore el futuro ingeniero o químico por algún plazo, primero en una fábrica. Lo encuentro hasta deseable, porque es propicio para fijar los intereses del futuro profesional en los problemas materiales, para cuya solución se necesitarán más tarde los estudios científicos que va a hacer en la universidad.

Tampoco es contrario a nuestro concepto, que en ciencias básicas para los futuros profesionales, médicos, ingenieros, arquitectos, etc., en física, química, biología, se haga girar la enseñanza universitaria toda alrededor de problemas materiales, como puentes, viviendas, rascacielos, producción industrial, enfermedades. Lo consideramos muy deseable que se tenga siempre presente, y se ponga en claro ante el estudiante en todo momento, la íntima relación que existe entre las cosas puramente científicas que se estudian, por una parte, y las exigencias prácticas de la profesión para la cual el alumno se prepara, por otra parte. El estudiante de medicina, para atenerme a un ejemplo de mi propia experiencia como profesor universitario, al estudiar en el primer año física, química, biología general y los fundamentos mate-

máticos indispensables en todas ellas, ya debe ser puesto en *contacto espiritual* con el enfermo. Pero lo que importa *invariablemente* es el *carácter científico* de la enseñanza, en conformidad con aquellos principios fundamentales que hemos expuesto sobre la realización cultural y sobre la investigación científica que la integra.

V. LA INVESTIGACION UNIVERSITARIA Y LA VIDA NACIONAL

Hemos dejado en claro que la universidad, si quiere cumplir con su tarea de impartir enseñanza profesional, no puede ser solamente un conjunto de escuelas profesionales, sino que debe ser también un plantel de investigación científica. Sin investigación científica, una institución que se llamara cien veces "universidad", no es tal.

Pues bien: *¿qué investigar?*

Los problemas científicos se originan en la realización científica misma. Es decir, el novicio al colaborar con un investigador de calidad conocerá nuevos problemas que resolver con los métodos técnicos a su disposición, o con métodos técnicos que él mismo sabrá desarrollar. En este sentido la investigación científica no conoce

fronteras nacionales. Los mismos problemas de la física atómica, de la química, de la patología pueden concebirse, y de hecho se conciben, en todas las partes del mundo. Pero al lado de estos problemas científicos por decirlo así internacionales, hay los que pueden ser denominados nacionales o regionales. Cada país tiene sus propios problemas científicos en geología, sismología, mineralogía, botánica, zoología, antropología física, etnografía, arqueología, lingüística, letras, historia, patología. Problemas regionales sin fin se ofrecen al investigador científico. Quiero referirme sólo a algunos ejemplos muy significativos.

México y Centroamérica son la sede de grandes culturas precolombinas; hay pocos lugares en el mundo, igualmente ricos en tantos restos de la cultura material e intelectual de antaño, cubiertos ellos de tierra o tragados por la selva. La ciencia arqueológica mexicana ha tomado, en las últimas dos décadas, un vuelo magnífico. Otros países, como Guatemala y Costa Rica participan en este gran auge de la investigación arqueológica americana. Dar desarrollo y facilidades máximas a la investigación arqueológica es no sólo deber de las universidades centroamericanas, sino es una oportunidad de la cual hay que servirse. Es cierto que un arqueólogo centroamericano puede tomar interés también en la arqueología de Egipto; si en algunos años más se presen-

tara tal caso, recomiendo a la universidad respectiva de procurar a este arqueólogo los fondos necesarios para trasladarse a Egipto y realizar la investigación de aquellos problemas arqueológicos que allá lo atraen. Pero conociendo yo la dinámica evolutiva de problemas científicos, puedo asegurarles a ustedes que, por el momento, los jóvenes arqueólogos en México, Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá se sentirán más bien inclinados a investigar problemas arqueológicos urgentes centroamericanos.

Otro ejemplo significativo nos ofrece la lingüística. En México y Centroamérica millones de hombres hablan idiomas indígenas. Un lingüista mexicano o centroamericano, por cierto, podría tomar interés también en lenguas africanas. Sin embargo, tal caso es menos probable que el caso de que un lingüista mexicano o centroamericano estudie náhuatl y maya. En México hay cátedras de náhuatl y maya en el Instituto Nacional de Antropología (3). Pero me quedé casi petrificado cuando, en Mérida, me impuse de que no hay cátedra de lingüística maya en la Universidad de Yucatán. Según el censo mexicano del año 1940, no menos que setenta y cinco por ciento de la población de Yuca-

(3) "Escuela Nacional de Antropología e Historia. Anuario para 1950". México, 1950. Véase págs. 36 y 42: cursos de "Lengua Náhuatl", y "Lengua Maya"; pág. 51: "Náhuatl Moderno".

tán se sirven del maya como lengua materna (4), y ciento por ciento saben hablar el maya. En Mérida, una persona muy fidedigna, me contó que hace años se había creado una cátedra de maya en la Universidad de Yucatán, pero en seguida se suprimió porque no hubo alumnos. ¿Cómo es eso? ¿Por qué hay alumnos en la cátedra de física? Porque a todos quienes se preparan a ser ingenieros, arquitectos, médicos o farmacéuticos, los obligamos a tomar un curso en física. ¿Por qué entonces no se obligó a todos quienes estudiaban en Mérida para profesores primarios o secundarios, para médicos, etc., a tomar un curso de lengua maya? ¿Cómo puede un médico atender a un enfermo de habla maya, sin saber su idioma? ¿Cómo puede un maestro enseñar a niños de habla maya sin hablar él mismo el idioma de ellos?

Igual que el Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas perteneciente a la Secretaría de Educación Pública de México (5), también el Instituto Indigenista de Guatemala (6) ha emprendido una magnífica labor de alfabetización en idiomas indígenas. Sé que la solu-

(4) "Densidad de la Población de Habla Indígena en la República Mexicana". Memorias del Instituto Nacional Indigenista, vol. 1, N.º 1. México, 1950. Véase pág. 74.

(5) Véanse "Cuartilla Maya-Español", "Cuartilla Tarasco-Español", "Cuartilla Otomí-Español", editadas en 1946 y 1947.

(6) "Mapa de las lenguas indígenas actuales de Guatemala". Compilado por A. Goubaud Carrera y A. Arriaga. Instituto Indigenista Nacional, Guatemala, 1946.

ción de los problemas lingüísticos en la enseñanza en Centroamérica no es cosa fácil. Basta imponerse del hecho de que los casi dos millones de indígenas de Guatemala se sirven de una veintena de diversos idiomas. Ha sido una actitud muy sabia, por lo práctico que es, la que tomó el Instituto Indigenista de Guatemala, al limitar su obra de alfabetización al principio a aquellos cuatro idiomas que hablan más del 85 por ciento de los indígenas del país —quiché, cakchiquel, mam y kekchí (7). La creación de cátedras de lingüística guatemalteca me parece indispensable. Me permito opinar que esto es un deber primordial de la universidad de Guatemala ante la ciencia de las lenguas mayas y ante la lingüística en general. Aparte de eso, la investigación científica en el campo de las lenguas indígenas mayoides facilitará la obra de alfabetización y con eso contribuirá a cimentar las bases mismas de la nación guatemalteca.

Contribuye al mismo fin nacional la investigación científica en el campo de la mineralogía, de la agricultura, de la medicina, al atacar aquellos problemas especiales que la tierra y el hombre en Centroamérica ofrecen.

(7) "Alfabeto para los cuatro idiomas indígenas mayoritarios de Guatemala". Publicaciones especiales del Instituto Indigenista Nacional, N.º 10. Guatemala, 1950.

VI. EL PROBLEMA DE LA *ELITE* Y DE SU FORMACION EN LA UNIVERSIDAD

Quiero volver ahora a un problema que ya hemos tocado, aunque sólo superficialmente: ¿Cuál es la razón para "limitar" el número de las profesiones para las cuales prepara la universidad?

He dicho que para eso, lógicamente, no habría razón alguna; no hay razón alguna por la cual se quitara al futuro carpintero, o al futuro herrero, la oportunidad de ser entrenado en una enseñanza científica en los campos del saber y de la acción que son propios de su profesión. Es verdad, que la enseñanza universitaria o científica en este sentido general no existe todavía en ningún país del mundo. Pero es un hecho evidente que la enseñanza profesional moderna *tiende* a eso. Como ya lo anotamos, la escuela vocacional está en camino de asimilarse en su modo de enseñar, a las escuelas profesionales universitarias; en ciertos países hay enseñanza pro-

fesional también en colaboración íntima con el taller y la fábrica, procedimiento que grandemente se facilita por la calidad científica y profesional de los ingenieros en muchas industrias. Al aceptar este modo de proceder en la enseñanza profesional, y al convenir que por ahora la universidad se limite a formar sólo a ingenieros, arquitectos, médicos, abogados, profesores y no zapateros, carpinteros y sastres, pagamos forzosamente nuestro tributo a las *exigencias de la buena organización de la enseñanza en el momento actual*, y nada más.

Esta situación especial que, insistimos, es *de orden puramente administrativa y transitoria*, aunque por eso no menos importante, la interpretan frecuentemente en el sentido de que la universidad esté destinada a preparar sólo a la *élite* cultural de la nación. Este modo de pensar en cuanto a la *élite* no me gusta del todo, porque se presta a mucha ambigüedad.

Es cierto que toda tribu y toda nación tiene su *élite*, es decir, un grupo de hombres los cuales, por selección (8), se destinan para ser los jefes en las realizaciones intelectuales y materiales que son los dos aspectos culturales que hasta aquí nos han ocupado. La importancia de semejante *élite* se evidencia con claridad meridiana por el hecho de que todo conquistador se empeña

(8) Me sirvo de la palabra "selección" no en su sentido biológico sino en el sentido social.

en primer lugar en eliminar a esta llamada *élite*. Así procedieron los nazis en los países conquistados; pero así procedieron también los españoles al conquistar México, Yucatán y Guatemala. Muchos individuos prominentes, entre los reyes, reyezuelos y señores, y así también entre los sacerdotes fueron exterminados física y despiadadamente. Pero tal vez más vale, numéricamente, el hecho de que los que no fueron alcanzados por la espada fueron liquidados socialmente al ser incorporados en la casta dominante de los neofeudales hispanoamericanos, para servirles de instrumento auxiliar, o "colaboracionista".

La importancia de una *élite* técnica, directora en las realizaciones culturales, intelectuales y materiales de la nación, por cierto, sería absurdo negarla. Esta *élite* técnica es preparada, y debe ser preparada, en las escuelas profesionales universitarias e instituciones técnicas semejantes a las cuales nos hemos referido. La ambigüedad comienza sólo cuando se da al concepto de la *élite* más que un sentido puramente técnico o profesional, también un sentido *cultural integro*. Es verdad que la escuela profesional universitaria, al cumplir con sus tareas con eficiencia máxima, al impartir la enseñanza en conformidad con las más estrictas exigencias científicas que hemos establecido, prepara eso sí a técnicos aptos para dirigir la producción nacional, para investigar y enseñar en los diversos ramos, y administrar ciertos asuntos relaciona-

dos con la vida de la nación. Pero estos técnicos o profesionales, bien enterados de todo lo que exige la realización de la cultura intelectual y material *en el limitado marco de su profesión*, son con gran frecuencia y en el mundo entero, faltos de cultura intelectual general y en especial faltos de cultura moral, en grado tal que causa angustia.

Por todo eso, conceder a los profesionales preparados en las universidades modernas, y aun en la mejor entre ellas, además del título de ingeniero, arquitecto, abogado, médico o dentista, también el título de un miembro de la élite *nacional-cultural*, me parece erróneo y hasta peligroso. Me opongo decididamente a declarar miembro de la élite de la patria, al cirujano porque maneja con maestría el bisturí, al dentista porque hace bien las tapaduras, al abogado porque gana los pleitos, al arquitecto porque bien construye casas, o al director del banco porque sabe conceder los créditos con discreción. Es verdad que todos ellos se han entrenado en el modo de pensar científico; es decir, que han llegado al pleno dominio de los medios culturales intelectuales y materiales en su propia profesión. Pero queda el hecho de que estos técnicos o profesionales son con gran frecuencia incultos en todo lo que se refiere a otras realizaciones culturales intelectuales y a las realizaciones culturales morales.

VII. LA FUNCION MORAL DE LA UNIVERSIDAD

Al comenzar nuestra plática hemos hablado del aspecto cultural moral que se exterioriza en la equidad en el goce de los bienes culturales, tanto espirituales como materiales.

Cultura moral toma la forma de un código de *normas de conducta* que sirven para regular las relaciones entre los hombres en la realización cultural material e intelectual del grupo como un todo. Normas *no discutidas*, sino por decirlo así tácitamente aceptadas, por todos los miembros de la tribu. Estas normas morales, o de conducta, evolucionan al lado de la realización cultural material e intelectual; son verdaderos instrumentos de esta realización cultural. Pero al mismo tiempo, y al igual que los alcances intelectuales, también los alcances morales están sujetos al proceso de la independización. En

el punto culminante de la independización, los alcances morales se divinizan: adquieren calidad de normas de conducta dictadas por seres *sobrehumanos*.

Estas normas morales, o de conducta, guían a los hombres en toda la realización cultural, que sea material o intelectual. En la vida tribal primitiva basada en la recolección de los frutos de la selva y en la caza, la norma moral es de mutua asistencia en un sentido estricto de equidad; la misma norma de equidad rige en la vida tribal basada en agricultura en su fase primitiva. Es lo que se ha llamado, con razón o sin ella, "comunismo primitivo".

Sin embargo, la norma de mutua asistencia y de equidad en los derechos sobre el usufructo de la tierra, se aplica *sólo en el marco de la tribu*. Los miembros de *otras* tribus están fuera de esta norma moral. Se podría caracterizar la evolución de la moral en forma muy general, por el número siempre creciente de tribus y hombres a los cuales se aplica la moral de la propia tribu. Es esta la curva *ascendente* en la evolución de la moral.

Sin embargo, y por otra parte, hay en la evolución moral, también una tendencia *descendente*: se originan en el marco de la misma tribu que sea pastoral o de vida agraria sedentaria, nuevas normas de conducta, contrarias a las de equidad. A través de todo el mundo, se

desarrolla en la vida de la tribu el *jefismo*, que es un nuevo y poderoso instrumento de la realización cultural material e intelectual. Como todo alcance cultural también el jefismo está sujeto a la tendencia de la independización: el jefismo se transforma en *señorialismo* (9). El feudalismo europeo que nosotros sudamericanos conocemos bajo forma de su trasplante a la América hoy hispánica, es sólo una de las diversas formas del señorialismo. Este, en otras formas, se originó también en el mundo de la cultura maya, en Petén, Yucatán, Guatemala, pero también en México y en Perú, con sus culturas ya tan diferenciadas. Pues bien, el señorialismo trae consigo, y necesita para su establecimiento y super-

(9) Es cierto que no es fácil dar una definición comparativa del jefismo, por una parte, del señorialismo, por la otra parte. Esto se explica por el hecho de existir todas las transiciones del uno al otro. Pero nos saca del apuro, hasta cierto grado, nuestro viejo amigo Sancho Panza, en una discusión muy animada que tuvo con Don Quijote en el cap. L:

"Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un Condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

"Casi estas últimas palabras oyó Sancho a su amo, a quien dijo: Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese Condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin cuidarse de otra cosa; y así haré yo... y me gozaré mi renta como un Duque"...

vivencia, nuevas normas de conducta, contrarias a la equidad.

Se podría decir que en su desarrollo cultural la humanidad *se desmoraliza*: el miembro de la tribu, al aumentar en cierto grado sus bienes materiales e intelectuales por el jefismo, pierde, con el desarrollo del señorialismo, parte del bien moral o del derecho al goce íntegro de los bienes tribales materiales e intelectuales. La norma moral cuya esencia es la equidad, se anula en el marco de la tribu, para ser reemplazada por otras normas de conducta, las de desigualdad que son *contrarias a la esencia misma de la norma moral primitiva*. El señor pone en juego todos los medios propicios para estabilizar y afirmar estas nuevas normas de conducta, y en especial se esmera en conferir a ellas uno de los caracteres esenciales de la norma moral: su indiscutibilidad. Las normas a-morales de conducta contrarias a la equidad, son ahora ley divina como antes lo ha sido la ley moral de equidad.

El proceso de la desmoralización en el sentido indicado, acompaña a todo desarrollo cultural material e intelectual. Bastaría llamar la atención a las grandes culturas del Asia, de Grecia, de Roma, al Renacimiento, e incluso a nuestro tiempo actual, para convencerse de que junto con un florecimiento extraordinario y hasta culminante de la cultura material e intelectual, va apa-

rejada una desmoralización máxima (10). Ahora ya no son unos pocos pobres esclavos o prisioneros a quienes se sacrifica a los dioses para que den lluvia y buena cosecha; se sacrifica ahora a miles de hombres, de salud irreprochable y en su primera juventud. Y se les sacrifica por la utilidad material que tal sacrificio reporta a un limitado grupo de señores que disponen de inmensos medios materiales e intelectuales para realizar sus fines egoístas.

En el proceso de la desmoralización que forzosamente ha acompañado hasta ahora toda realización cultural, material e intelectual, se han originado movimientos contrarios, tendientes a restablecer la norma tribal de equidad. Es este el sentido de las grandes sublevaciones de los esclavos en Roma, del cristianismo primitivo, de las guerras campesinas europeas de la Edad Media, de ciertas fases de la revolución francesa, de los movimientos obreros en la primera mitad del siglo XIX en Europa. Por medio de estos movimientos, espontáneos en su

(10) "Si uno de esos tardíos admiradores del ciclo griego y de las bienaventuranzas arcádicas hubiera venido al mundo por casualidad como ilota ático, habría contemplado las hermosuras de Grecia probablemente con miradas algo distintas. Si es verdad que ya en las condiciones primitivas del siglo V A. C. el individuo disponía de mayores posibilidades para un desarrollo universal de sus aptitudes y cualidades, esto se hizo posible sólo por el hecho de que desde entonces, miles de sus prójimos fueron reducidos a condiciones mucho más estrechas y miserables hasta truncar su vida". C. G. Jung, "Psychologische Typen". Rascher & Cie., Zurich, 1921, pág. 103.

gran mayoría, se esperaba conseguir el restablecimiento de la moral tribal de equidad, pero anulando en parte las realizaciones materiales e intelectuales que habían traído consigo la desmoralización. Basta recordar aquí la destrucción de los telares mecánicos en los movimientos obreros en Inglaterra y Alemania, en la primera mitad del siglo pasado. Lo que caracteriza a los movimientos *modernos* contrarios a la desmoralización, es su expreso propósito de conseguir *el restablecimiento de la norma moral de equidad de la tribu y su extensión a la humanidad entera, pero sin perjuicio para los alcances culturales materiales e intelectuales, y aun transformando la norma moral de equidad en un instrumento básico de mayores realizaciones culturales, tanto materiales como intelectuales.*

La universidad como institución de cultura integral no puede quedar ajena a los problemas fundamentales de la realización cultural moral. Igual que con respecto a los problemas de la cultura material e intelectual, debe prestar su atención tanto en la enseñanza como en la investigación científica, a los problemas de la realización cultural moral. Tanto más, que estos problemas surgen en el seno mismo de las diversas profesiones: en medicina, en leyes, en economía.

Mencionemos en primer lugar los urgentes problemas de la medicina de nuestro tiempo. La llamada sociali-

zación de la medicina como ha sido efectuada, por ejemplo en Gran Bretaña, merece en la enseñanza médica, tanta atención como los nuevos procedimientos diagnósticos y terapéuticos incluso los antibióticos. No podemos imaginarnos una enseñanza médica profesional que pasara por encima de los problemas básicos de la medicina socializada. Sin embargo, es evidente que estos problemas básicos se presentan en nuestros países latinoamericanos con matices muy distintos que en Gran Bretaña, con matices específicos relacionados con la estructura económica y social de cada uno de estos países. Hay que investigarlos. También en este campo especial, no son los "repetidores" sino los "investigadores" quienes están destinados a ser los maestros de la nueva juventud médica.

El cúmulo de los problemas de la realización cultural moral llegó en nuestros días a ser verdaderamente inmenso en leyes y economía. La filosofía del derecho y la sociología han adquirido en el momento actual importancia suma para los estudiantes de leyes, de economía, de historia, de antropología. Creo que no soy injusto al decir, y al lamentar, que la filosofía y la sociología que se enseñan en las universidades latinoamericanas, con pocas laudables excepciones, no son otra cosa que una revista del sinnúmero de los conceptos filosóficos y sociológicos que llenan tomos de enciclopedia.

Es decir, no se enseña filosofía o sociología, sino se enseña malamente *historia* de la filosofía, o *historia* de la sociología. Es poco edificante para el observador entrenado en ciencias exactas, imponerse de las actividades de algunos rumiantes pseudofilosóficos latinoamericanos que se deleitan en repetir sin descanso —o para su propio descanso— los tópicos predilectos de los diversos calígrafos y acróbatas en filosofía y letras como florecen en ciertos círculos en descomposición, en la vieja Europa. Y aparte de eso, la enseñanza en filosofía y sociología menos se preocupa o no se preocupa del todo, de la cuestión esencial de cómo tal o cual concepto filosófico o sociológico se relaciona, o se entrelaza, con los demás aspectos de la vida cultural de la época respectiva; y la enseñanza en filosofía y sociología menos se preocupa o no se preocupa del todo, de otra cuestión también esencial: del papel que cupo a tal o cual concepto filosófico o sociológico en la realización cultural material de la época respectiva (11).

(11) Es de verdadero interés que el noble defensor de los indios, Bartolomé de Las Casas, en el siglo XVI, se da cuenta global de estas cosas metodológicas fundamentales que tanto se discuten hasta hoy en día: —“es lenguaje de los españoles y de los que escriben sus horribles hazañas, infamar todas estas universas naciones para excusar las violencias, crueldades, robos y matanzas que les han hecho, y cada día y hoy les hacen”... acusando en cuanto a eso en especial a Gómara, por su “Historia de la Conquista de México” (Bartolomé de Las Casas, “Historia de las Indias”. Libro III, cap. CXVII. Fdo. Cult. Económ., México, 1951, tomo III, pág. 231). Un ejemplo ilustrativo de nuestros días: un distinguido historiador moderno clasifica la revolución contra Balmaceda

Repito e insisto: todo eso —y no he exagerado al pintar el cuadro!— es lamentable. Todo eso es parte integrante del antiguo sistema de enseñanza por profesores que son repetidores y no investigadores.

¡Cuántos son los problemas filosóficos y sociológicos que Centroamérica ofrece al investigador! El pasado mitológico de los pueblos; la vida tribal de antaño; la Colonia y la Independencia; los problemas filosóficos y sociológicos planteados por los movimientos sociales modernos tendientes a contrarrestar la desmoralización creciente, tendientes a restablecer la cultura moral de equidad... No puede una universidad desestimar estos problemas, tanto en la enseñanza como en la investigación...

La función moral de la universidad está íntimamente ligada con el cultivo de las artes, aspecto cultural espiritual de tanta importancia en la vida humana. No tengo la preparación necesaria para pronunciarme sobre estos problemas; aparte de eso, el tiempo no permitiría discutir los problemas pertinentes. Quiero sólo referirme a algunos importantes adelantos en mi propio país. La Universidad de Chile tiene una Facultad de Bellas Artes,

como “el trastorno de génesis más netamente ideológica que registra la historia de América” y rebate la opinión de un erudito americano que la atribuye “al oro de Mr. North, el rey del salitre”. ¿Cuál sería la opinión de Bartolomé de Las Casas, en este problema de metodología en historia y sociología, problema que tanto conmueve a cada chileno que piensa, hasta hoy día?

la que ejerce una influencia muy marcada en la vida cultural del país. La Universidad de Chile tiene también un Coro de los Estudiantes que realiza una labor artística de las más notables. Hasta tiene la Universidad de Chile un Teatro Experimental de valor muy estimable. El Coro de los Estudiantes y el Teatro Experimental no fueron creados por orden de un Ministerio, sino por insinuación de los estudiantes mismos, pero insinuación sabiamente acogida por el Rector y las demás autoridades universitarias. Es nuestra esperanza que del Teatro Experimental de la Universidad de Chile surja un buen día nuestro Teatro Nacional.

* * *

Por las grandes conquistas culturales que sean materiales, intelectuales, morales o artísticas, hay que luchar por ellas.

Empero, lucha no dice violencia. Luchar por una idea significa trabajar por su realización.

Pues bien, amigos míos, ¡trabajemos!...

—:—

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
I. La Universidad como Problema	8
II. La Realización Cultural	11
III. La Universidad como Conjunto de Escuelas Profesionales	16
IV. La Universidad como Plantel de Investiga- ción Científica y la llamada "Escuela de Trabajo"	20
V. La Investigación Universitaria y la Vida Nacional	28
VI. El problema de la "Elite" y de su Forma- ción en la Universidad	33
VII. La Función Moral de la Universidad	37